

EL S. U. T. Y EL PROBLEMA SOCIAL ESPAÑOL

14/10/1935

El S. U. T. son todos los modos y formas de poner al universitario español y al obrero en mutuo conocimiento. El S. U. T. comienza en la aventura del inconsciente que, mediante un campo de trabajo, despierta a la realidad social de España. Continúa en la vivencia de una justicia absoluta y termina en un amor grande, injustificado y ciego, a la pobre existencia humana, unión de naufragos, unión en un naufragio común.

EL UNIVERSITARIO Y EL PROBLEMA SOCIAL ESPAÑOL

El problema social de España es brutal; el hambre de justicia clama por lo viejo y por lo justo. La solución que nos da Occidente no nos sirve por lo insincera e injusta. Así piensa Occidente: hagamos tal banquete de Epulón que las migas sean suficientes para saciar a Lázaro. Pero la solución que aquí urge parte de un sentido hondo de la justicia y de un principio por el que será preciso levantar todas las estructuras; todos los hombres somos esencialmente iguales.

Pues bien, ¿qué piensa hoy el universitario de este problema que con una gravedad espantosa tenemos planteado?

Lo ignora. No vibra. Otra vez la diagnosis de Unamuno es la acertada: el gran mal de España está en carecer de juventud. Y uno se pregunta ¿pero es que el universitario piensa?

El universitario español—horrible parto de burgueses, cómodo, egoísta y cazurrón—ignora los problemas de la sociedad en que vive. Diré los pecados, los más graves del universitario actual ante su sociedad.

1. El de la irresponsabilidad. Ya lo dijo Vossler: el español pasa por la vida como por una aventura.

2. El de la injusticia. No reconoce en el obrero un igual, sino un esclavo. Mas, se empeña en seguir viviendo la injusticia.

3. El de la hipocresía. Ampara su injusticia en un seudocatolicismo.

4. El de la pereza. No reconoce la belleza, la grandeza y la necesidad del trabajo.

EL S. U. T. NOS LLEVA A LA SOLUCION

Nuestra juventud no tiene la culpa de lo que es. La tienen los hombres y el tiempo que nos engendraron. Pero no intentamos culpar a nadie. Nuestro esfuerzo todo está en este difícil punto de levantarnos, desamparados y sin

maestros, contra todos los mayores. El S. U. T. está a contrapelo de la sociedad, más aún: de la juventud. De aquí sus racaneos. Pero, ¿es posible que esta Aventura (con mayúscula) romántica, quijotesca y alegre no prenda en lo poco de autenticidad que queda? Todo el porvenir negro de nuestra sociedad podría esclarecerse con una pléyade numerosa de hombres que con el contacto de la triste, vergonzante y dura realidad española sienta nacer una serie de inquietudes y, animada por una mística, pueda dar una solución valiente, cristiana y extremista a este estado de cosas. Y estas hombrías las da el S. U. T. Soy testigo. Les he visto salir de las jaulas de las minas esperando un nuevo día. Tenían en los ojos una gravedad desconocida y en las manos una impaciencia acosadora y en el fondo del alma una alegría bien ganada. Los he visto abrazarse con los obreros, ¡milagro!, y soñar hijos iguales. En esta línea está el S. U. T. y su obra.

La tarea es difícil. Nada menos que la de poner en gracia una sociedad. Una sociedad que siento podrida y cuyas imágenes bajo el policromado están minadas por las secretísimas venas de la carcoma. Porque todo o casi todo está viciado.

Abriré un libro. Un libro podrido de tantos. Un libro hijo de nuestra corrupción: "Hijos de la ira", de Dámaso Alonso. El poeta ha llegado al fin, ha llegado a Dios. El terrible juicio:

¿Qué has hecho?

Y uno espera con ansiedad la respuesta del poeta, la última, la valedera, y el poeta la da, y esta respuesta nos da la medida de la corrupción de su inteligencia. El poeta se salva por el amor a su madre y a su esposa. Ridículo. Falso, falsísimo. Dios exige mucho más. En nombre de Dios le seguiré preguntando al poeta y a los hombres:

¿Y del hermano?

¿Qué habéis hecho de vuestro hermano? Hablo de nuestros esclavos, de los obreros, de quienes prostituían las buardillas, de su desnudez y de su miseria, de su incultura. Hablo de aquellos a quienes disteis talentos y no les explotaron porque les negasteis las primeras letras y vuelven a mí con la humildad de quien sólo tiene diez dedos.

¿Qué habéis hecho de vuestro hermano?

César ALONSO DE LOS RIOS

CISNE